NUEVO FOLKLORE



VIERNES 04/03/2022





Interior de uno de los hornos.

FOTOS: JOSÉ ANTONIO ALONSO

El tejar de Malaguilla



JOSÉ **ANTONIO ALONSO ETNÓLOGO**

omo es sabido, Juan Castillo Ojugas, dedicó muchos años de su vida a recoger datos de la alfarería tradicional de Guadalajara, en general. A él le debemos la mayor parte de los estudios sobre los tejares de la provincia, que fue publicando, en estas mismas páginas, con mucha asiduidad, y en otros medios y estudios monográficos. Que yo recuerde, no dejó noticia escrita sobre este tejar. Quién sí hizo referencia a esta industria fue D. Florencio Sobrino Matamala, sacerdote, hijo del pueblo y doctor en filología que, en su libro "Malaguilla (Guadalajara). Memoria vivida, vocabulario, retazos de su historia" (1999, pág. 51), resume la historia del tejar.

Por mi parte visité un par de veces la instalación, una de ellas, en 2007, acompañado de los hermanos César y Antonio Plaza, dos de los hijos de Guillermo Plaza, quien, como dice D. Florencio, fue el que tuvo la iniciativa con sus tres hijos de *"crear esta industria* que "comenzó su existencia en el año 1952 y su duración se prolongó hasta que la mecanización y producción a gran escala lo hizo inviable económicamente". César y Antonio me informaron puntualmente de lo que les fui preguntando.

Efectivamente, se trataba de una industria familiar de tejas y ladrillos que comenzó el padre, Guillermo Plaza Sanz, que aprendió el oficio de un gallego y al que ayudaron tres de sus hijos (Antonio, Manuel y César). Estuvo funcionando una década, aproximadamente, hasta 1962, en que lo dejaron porque había que mecanizar el proceso y resultaba muy caro (les pedían 13 millones de pesetas por la ma-

quinaria y el horno). De los tres hermanos, Antonio se quedó con las labores agrícolas y los otros dos se fueron a Madrid. Vendieron la máquina galletera que pasó a los

Supongo que todavía quedarán en pie los restos del antiguo complejo alfarero. En 2007, todavía permanecían los restos de los dos hornos y de un par de edificios de planta única. El tejar estaba ubicado en la zona de Peñamala, junto al Arroyo de las Dueñas, cerca de "las Peñas (terreras) del "Tejar Viejo", lo que nos puede indicar la existencia de un tejar anterior, según indica D. Florencio.

Según mis datos, el primer horno lo levantaron unos gallegos. El segundo lo hicieron ya la familia propietaria. Eventualmente contrataban a operarios gallegos, desde el 1 de marzo hasta san Miguel, 29 septiembre. A pesar de la corta duración de la industria, el negocio iba bien y en sus mejores momentos llegaron a tener hasta 12 obreros trabajando.

En relación al proceso de fabricación, diremos que las materias primas -agua y barro- las tenían cerca. La tierra la traían de Peñamala. Al principio la producción debió ser muy artesana: las tejas,

por ejemplo, las hacían utilizando 'gradillas" para sacar la pieza de barro y "galápagos" para dar forma a las tejas; el ladrillo macizo empezaron a hacerlo a mano los gallegos pero, con el tiempo, la fabricación se fue mecanizando. Compraron a los Rienda una churrera con laminador. Luego, adquirieron un motor de gasoil con molino y, después, una amasadora y carro cortador para cortar el ladrillo. El ladrillo doble lo hacían con una galletera que compraron en Madrid. Ocasionalmente, por capricho, marcaban algunos ladrillos con plantilla, con las iniciales AP y CP (Antonio y César Plaza), que todavía yo he llegado a ver por la

En cuanto a la cocción, diremos que la industria tenía 2 hornos, que se utilizaban de forma intermitente, con el fin de aprovechar el tiempo, ya que se trataba de una actividad temporal, desde marzo o abril, hasta octubre o noviembre, para evitar que el hielo perjudicara la industria. Durante el otoño e invierno, se suspendía la actividad y la familia se dedicaba a las labores del campo. Los hornos son circulares. Debajo va la "caldera", donde se quemaba el combustible



Galápagos de madera para dar forma a las tejas.

que solía ser leña que traían del Monte de Fuentelahiguera y paja de los restos de la trilla. Él suelo de los hornos o "criba" tiene unos orificios por donde subía el calor. En el horno pequeño cabían hasta 12.000 ladrillos dobles, en el grande 22.000. Los ladrillos se colocaban en "dagas' o pisos, para facilitar la cochura y para que se repartiera el fuego. Los hornos tienen una puerta para "encañar" los ladrillos. Una vez colocados los ladrillos sin cocer, se tapaban las puertas con ladrillos. Cuando se terminaba de cocer, para "desencañar", se tapaba con tierra. La cocción duraba 24 horas seguidas; la atendían 4 o 5 personas que trabajaban a turnos. Para "guiar" el fuego por los lados cubrían el horno con tierra. Calentaban el horno hasta 1.500 grados en que funde la tierra. Cuando la hornada mermaba unos 2 cm. era señal de que ya estaba lista.

En cuanto a la producción, anotamos las siguientes piezas: ladrillo macizo de 6 cm.; ladrillo hueco artesanal de 6 cm. (fabricado con molde, de dos agujeros); rasilla de 3cm. de grueso (3 x 12 x 24 cm.), usada para el techo y para los tabiques; rasilla de 6 cm. de grueso $(6 \times 12 \times 24 \text{ cm.})$, usada para hacer muros y paredes; ladrillo de doble hueco (6 orificios); teja de 90 cm.

Respecto a la venta, diremos que la producción servía para atender las necesidades de Malaguilla y pueblos de alrededor: Viñuelas, Valdenuño, Villaseca, Casa de Uceda, Málaga del Fresno, Humanes, etc., a pesar de la cercanía de los tejares de Yunquera. Pero también venían a comprar ladrillos grandes, con un camión desde Collado Mediano (Madrid). Se llevaban 4.000 ladrillos de 2 kg. También vendían a El Escorial. Al tejar iban a comprar en carros y con camiones. En cuanto a los precios, solo sabemos que la teja de 90 cm. la llegaron a cobrar, al final, a 50 céntimos.



Ucrania y Guadalajara

pesar de los casi cuatro mil kilómetros que separan nuestra provincia del doliente país de Ucrania sufrimos la guerra con preocupación, temor, incertidumbre, rabia y dolor. Un total de 553 personas de nacionalidad ucraniana, lo que representa un 0,21% de nuestra población, viven aquí el momento de horror y destrucción que padece su pueblo y contemplan con estupor las informa-ciones de los combates, del éxodo de sus paisanos. Escenas, partes de guerra que parecen sacados de noticieros de otros tiempos y que sin embargo son plena actualidad en el siglo XXI en un mundo que todavía no se ha recuperado de una pandemia que ha causado muerte y penuria. Junto a este medio millar de vecinos de la provincia, otros muchos guadalajareños, de distintas nacionalidades, están pendientes del destino de amigos y familiares que tienen en la zona invadida. Fracaso de la diplomacia o simplemente inevitable delirio del Hitler o Stalin del siglo XXI, imperialista aspirante a zar.

Son días para la condena a la guerra, para apelar a la paz como el más sagrado de los bienes, instar a los políticos a encontrar vías de solución que detengan el ataque y ejercer solidaridad con las víctimas, esas personas que carecen de alimentos, ropa, medicamentos o precisan acogida. En nuestra capital, en la calle Hospital, se están recogiendo bienes que se intentarán hacer llegar a la zona, numerosas organizaciones humanitarias y de protección a los derechos de la infancia han emprendido campañas e iniciativas, ayuntamientos ofrecen espacios para los huidos en busca de supervivencia... La gente, como siempre, ha puesto en marcha mecanismos de respuesta, de reacción, para paliar en lo posible la crisis humanitaria. En las redes sociales y en los medios de comunicación se dan a conocer distintas formas de ayudar porque no podemos permanecer pasivos. Una vez más, por otra parte, te-nemos la oportunidad de mostrar nuestro orgullo por el trabajo de los GEO, vecinos de nuestra ciudad, que protegen la embajada española de aquel país y ayudan a los españoles en su evacuación. Hoy todos somos Ucrania y deseamos la paz.